

buena fe he procurado en todo tiempo y coyuntura tu mayor bien. Que si tienes justo motivo para quejarte de mí, perdona á un hermano, que con lágrimas en los ojos te pide ardientemente la gracia y la fraterna amistad. Dios es testigo de que jamás fue mi ánimo ofenderte; pero muy bien habrá podido ser que te haya ofendido no pocas veces. Recuerda, hermano mío, que Jesucristo nuestro amabilísimo Redentor desde la cruz pidió al Padre perdon para sus mismos verdugos: *Ignosce illis: non enim sciunt quid faciunt*. Con estas mismas voces te pido yo á tí perdon. No, no sabía yo lo que me hacía cuando te ofendí. Perdóname, pues, que te lo suplico por la infinita caridad de Dios. Tu gracia es la que te pido, tu amistad, tu benevolencia. Ama á tu hermano, como él siempre te amó. Resuelto estoy á no levantarme de este sitio sin lograr de tí el deseado ósculo de paz.»

Quería proseguir, pero no pudo, ya por la vehemente conmocion de los afectos, ya porque el P. Nicolás, que hasta entonces le había escuchado con semblante en que se pintaba mezcla de confusion y aturdimiento, no pudo más resistir; y agitado y convulso sacó el medio cuerpo de la cama, y extendiendo los brazos hacia su hermano, le interrumpió llorando y diciendo. «Levántate, querido hermano mío, acércate á mí, que quiero abrazarte y besarte. Presto, presto, si no quieres que muera de dolor. Tú has hecho conmigo lo que contigo hace mucho tiempo debiera haber hecho yo. Me has arrebatado el mérito y la corona. ¡Deshadichado de mí! Demasiado tarde te he conocido, pero á tiempo todavía, por la infinita misericordia de Dios. Ven; que toda tardanza me es tormento insufrible.»

Á estas palabras se puso en pie el P. Pignatelli, y echándose recíprocamente al cuello los brazos, estuvieron así no breve tiempo llorando y estrechándose con indecible ternura. Desde aquel momento Nicolás fue ya otro hombre. Quiso que el Padre José fuese á vivir en su casa y no se apartase de su lado: hizo con él una confesion general con viva compuncion, y recibió devotísimamente los últimos Sacramentos de la Iglesia. Arregladas así las cuentas con su Dios, le prometió con voto de ir á Color-

no, si recobraba la salud, á ponerse bajo su direccion y obediencia: y entretanto suplicó y obtuvo, por estar el P. José autorizado para ello como Provincial, ser admitido de nuevo en la Compañía y contado entre sus hijos, y renovó los votos de su profesion religiosa.

Catorce días, poco más ó menos, vivió después el P. Nicolás; y el Siervo de Dios no le abandonó ni de día ni de noche. Se aprovechaba de los momentos en que ó dormía ó le tenía privado el mal, para descansar un poco, rezar y celebrar la santa misa; pero no bien se despertaba ó volvía en sí el enfermo, exclamaba al punto: «¿Dónde está mi querido hermano?» y su hermano al momento estaba á su lado otra vez. No tomaba medicina alguna sino de su mano y con su bendicion. Se entretenía con él en piadosos coloquios de Dios y de la eternidad dichosa, á cuya posesion aspiraba y en la que pensaba sin cesar, dedicándole sus afectos. Espantados tenía á los domésticos mudanza tan súbita de un hombre que ántes no podía oír nombrar á su hermano D. José sin pesadumbre y disgusto, al paso que «hoy,» decían ellos, «su nombre no se le cae de la boca ni puede estar un minuto sin verle.»

Iba entretanto acercándose á toda prisa á la muerte; y advirtiéndoselo su hermano, se dispuso á recibirla con imperturbable firmeza de alma y serenidad de rostro; y cuando estaba ya para concluir y el P. José le leía la recomendacion del alma, no pudiendo contener la avenida de consuelo que le inundaba el corazon, exclamó improvisamente: «¡Oh cuán dulce cosa es el morir, querido hermano mío!...» Y fueron estas sus postreras palabras, pronunciadas las cuales, rindió su espíritu al Criador el 15 de Marzo de 1804.

Después que espiró, pusieron los criados el cadáver en el suelo para amortajarlo; pero fuese de puro sentimiento ó por natural horror, lo cierto fue, que ninguno se atrevió á tocarlo, y unos tras otros todos salieron de la alcoba, y el H. José Grassi tuvo que ejercitar solo aquel piadoso oficio. Entró, mientras se le amortajaba, el P. Pignatelli, y con los brazos cruzados ante el

pecho é inclinada hacia adelante la cabeza, estuvo un rato mirando de hito en hito el cadáver, como quien está absorto en meditacion; luégo levantó un poco el pie derecho, y tocando ligeramente con la punta el cuerpo del difunto «¡He ahí,» dijo, «en lo que vienen á parar los Grandes de España!» Dicho esto, se retiró á su cuarto á orar, dejando al compañero asombrado y temblando por aquella accion y aquellas palabras.

Luégo le llamaron á tomar un poco de alimento, y fue; y allí sucedió lo que para mayor fidelidad referiré con las palabras con que el mismo H. Grassi lo depone en los procesos. «Mientras que el Siervo de Dios,» dice, «bendecía la mesa, le vi como absorto en un gran pensamiento: y al sentarse, ántes de empezar la cena, me habló y me dijo: «Hermano José, el alma de mi pobre hermano está en el purgatorio y padece mucho. Demos gracias á Dios, porque está en lugar seguro. Os ruego que mañana comulgúeis y apliquéis la indulgencia en sufragio suyo, como yo tambien aplicaré la santa misa, que celebraré muy temprano.»

Solemnes fueron las exequias que el Siervo de Dios mandó hacer en la iglesia parroquial, mucho más notables por el gran número de limosnas y sacrificios, que por la suntuosidad del aparato. Dispuso que se trasladara el cadáver al templo que había sido de la Compañía; y lo depositó, encerrado en su caja, en la sepultura de sus antiguos padres y hermanos. Distribuyó entre los criados los muebles todos de la casa, señalando además á cada uno un vitalicio; y para sí reservó únicamente los escritos y algunos pocos libros y la obligacion de satisfacer á los acreedores.

Cumplido ya el deber de caridad y justicia, volvió á Colorno muy consolado por haber obtenido la gracia pedida á Dios tantos años. Dio por cartas conocimiento de todo á los amigos, y al P. General y demás Padres de Rusia, suplicándoles que se uniesen con él para rendir humildes gracias á la infinita bondad. Por su parte conservó por toda su vida el P. Pignatelli viva y fresca la memoria del acontecimiento, y un amor entrañable

hacia su hermano; y se vio muchas veces correr por sus mejillas el llanto apenas nombraban á su querido D. Nicolás. Pero volvamos al asunto de Nápoles.

Entretanto que se esperaba el Breve del Papa, se iba adelante cada día en las providencias convenientes sobre las haciendas que fueron de la Compañía, para restituírselas, y en otras, que se dirigían á disponer las casas y colegios, en que habían de entrar los jesuítas al instante que estuviesen restablecidos. En 17 de Abril escribió el P. Angiolini á todos los que fueron jesuítas de las Provincias de Nápoles y Sicilia la siguiente carta circular:

«Muy Reverendo Padre en Cto.: Habiéndose dignado Su Majestad el Rey de las Dos Sicilias de llamarme á sí con el fin de restablecer en sus estados los colegios de nuestra Compañía, al mismo tiempo que por comision recibida de Su Majestad, comunico á V. R. esta su soberana elementísima determinacion, le suplico que me haga saber si podrá y querrá reunirse á los antiguos hermanos para profesar el antiguo Instituto, y ejercitar los ministerios propios de él. Su Majestad la Reina muy empeñada, igualmente que el Rey su esposo, en esta empresa, me asegura que en breve se conseguirán del Sumo Pontífice todas las facultades necesarias, para reponer como ántes en estos reinos la Compañía de Jesús. Y como para la ejecucion de las órdenes de Su Majestad, es necesario saber anticipadamente el número cierto de los sujetos que querrán reunirse; suplico á V. R. que me diga prontamente sobre esto su intencion. — Y encomendándome en S. SS. etc. — Nápoles, 17 de Abril de 1804. — CAYETANO ANGIOLINI, Procurador General de la Compañía de Jesús.

Una de las personas á quienes el P. Pignatelli comunicó la triste noticia de la muerte de Nicolás, fue su hermana la condesa de la Acerra, que deseaba ardientemente tener en su compañía al P. José, aunque no ignoraba lo inútil de sus ruegos para obtener de él que se llegase á Nápoles. Recurrió, pues, al Padre Angiolini para alcanzar su piadosa proteccion, y le suplicó se valiese de su autoridad con el hermano, mandándole que fuese á Nápoles con pretexto de servirse de sus consejos é industrias

en el asunto de la reposición de la Compañía en aquel reino. Accedió el Padre Angiolini á petición tan justa, y efectivamente escribió al P. Pignatelli, que se dirigiese luego á Nápoles; y verosíblemente le encargaría que á su paso por Roma activase en aquella corte la causa, que estaba como entorpecida y sin dar un paso adelante.

«Recibida la carta,» dice el H. José Grassi<sup>1</sup>, «me dio noticia de ella, á fin de que le dispusiera yo lo necesario para el viaje, diciendo: «Me es preciso obedecer.» Luego durante el viaje me hizo saber que él iba á Nápoles únicamente para obedecer á las órdenes de su Superior; pero añadió que también entendía que su hermana había arrojado la piedra por mano de otro: porque de otra manera no habría alcanzado, sin esta circunstancia, tenerle [allá consigo].»

Y esto dijo no ignorando que los achaques tenían á su hermana tan al cabo, que pronto acabarían con ella. Así lo dio á entender al llegar á Colorno; pues atestigua Fernando Casoli<sup>2</sup>, que le oyó decir estas palabras: «Me he convertido en sepulturero: vengo ahora de Venecia, en donde he enterrado un pariente; y ahora soy llamado á Nápoles para [enterrar] á otro.»

Al momento, pues, empezó á hacer los preparativos para su nuevo viaje. Fueron tales estos, que los de la casa llegaron á barruntar que se les iba el Padre para no volver á Colorno: y por más que él les aseguraba no haber sido llamado para quedarse en Nápoles, sino para tratar un negocio de mucha transcendencia para la Compañía; pero como nada les manifestaba respecto de su vuelta, se convencieron de que en realidad salía para no volver más allá. Grande fue el sentimiento de los novicios y demás que moraban en el colegio y noviciado de Colorno, al ver que perdían un Superior que con tanta prudencia y suavidad los arrastraba al ejercicio de las sólidas virtudes, y así se lo daban á entender.

<sup>1</sup> *Process. Rom.*, fol. 151.

<sup>2</sup> *Process. Parm.*, fol. 261.

Él para tranquilizarlos, les dijo que iba á dejarles por Superior un Padre que les haría bien pronto olvidar al P. Pignatelli, porque verdaderamente era todo entrañas de caridad. «Pensaba,» dice, «haberlos dado el Padre tal, que es hombre de espíritu y de gran virtud, y á quien yo estimo en mucho; mas por naturaleza propende á la rigidez: así, pues, os quedaréis con un buen americano, el P. Ignacio Pérez<sup>1</sup>, que es dulce como la miel.»

Esta misma conducta observó todo el tiempo restante de su vida, pues ya no dejó de ser Provincial hasta su muerte. Jamás destinó para el gobierno sino á hombres prudentes, mortificados, que tuviesen ya bien domadas sus pasiones, pero sobre todo que por natural temperamento fuesen inclinados á la suavidad y que amasen á sus subordinados con amor de verdadero padre: y excluyó siempre á los de índole austera y propensos á la ira y resentimiento, por virtuosos que fueran; porque suelen con muy buena intención oprimir indiscretamente á los súbditos.

Segun el Sr. Rezzi<sup>2</sup>, salió de Colorno el Padre «pocos días después de Pascua,» que este año de 1804 cayó en 1.º de Abril; y por Pedro Longhi se sabe que probablemente estaba allí el día 18; pues dice el citado testigo<sup>3</sup>. «Del libro de cuentas de mi tienda consta que la última venta que se hizo para la casa de San Estévan es del día 18 de Abril: fue de cuatro pares de medias de estambre y otros cuatro de escaarpines,» que serían sin duda para el mismo P. Pignatelli. Refiere Pedro Mazzera<sup>4</sup>, el sastre que servía á la comunidad de San Estévan, que al despedirse por última vez el Padre, este le «regaló tres doblones efectivos de Parma, una colcha, una camisa, un par de calzoncillos, y los anteojos. Todos los cuales objetos,» añade, «conservo hasta ahora, menos la camisa, que por el uso se ha gastado ya: y puedo

<sup>1</sup> El P. José Ignacio Pérez, de la Provincia de Santa Fe, había hecho su agregación en Fano á los 72 años de edad en 1800.

<sup>2</sup> *Process. Rom.*, fol. 1179.

<sup>3</sup> *Process. Parm.*, fol. 214.

<sup>4</sup> *Ibid.*, fol. 249.

asegurar que los calzoncillos y los anteojos los usó el mismo Siervo de Dios.» El herrero Antonio Pensi fue el que le ayudó á subir al coche dándole el brazo, como depone el mismo<sup>1</sup>. La ocasion de hallarse allí en aquel momento fue que le trajo una llavecita para el cofre.

Durante su viaje de Colorno á Roma en todas las ciudades por donde pasó fue objeto de grandes demostraciones de veneracion y respeto de parte de los jesuitas italianos y españoles que en ellas residían, como lo refiere el H. José Grassi, su compañero, y lo depone en los procesos con estas palabras. «Lo mismo puedo decir de los Padres antiguos de las ciudades por donde pasamos. Porque, como compañero del Siervo de Dios, pude ver en Bolonia, en Ferrara y en Venecia, en donde nos detuvimos algun día, cómo acudían aquellos buenos ancianos al aviso de su llegada, y se esmeraban en manifestarle no solamente con palabras, sino tambien con obras, su estima y veneracion: y no contentos con visitarle, juntábanse en torno de él, abrazábanle, se alegraban y regocijaban de tenerlo en su compañía: y no faltó quien me dijo que me envidiaba mi suerte de ser compañero de un Santo.»

«Y añadido, que al tener que separarse de ellos para continuar su viaje, mostraban en sus rostros y palabras un vivo sentimiento de tenerse que arrancar de él. El P. Sebastian Soldevila, no satisfecho con haberle tenido en Ferrara en su propia casa; al saber que se dirigía á Bolonia, quiso pasar á esta ciudad, y estar en la casa en donde el P. José se hospedaba, para tener el consuelo de pasar una noche con él, como el mismo me contó<sup>2</sup>. Con

<sup>1</sup> *Process. Parm.*, fol. 560.

<sup>2</sup> Dos eran los PP. Soldevila, Francisco y Sebastian, hermanos carnales, y nacidos ambos en Barcelona. El P. Francisco nació en 15 de Noviembre de 1732: entró en la Compañía en 14 de Setiembre de 1733 y murió en Palermo á 28 de Agosto de 1813. El P. Sebastian nació en 19 de Octubre de 1734: entró en la Compañía el 28 de Abril de 1750, y murió en 20 de Febrero de 1828 en Madrid. No se confundan estos dos Soldevila con otros dos Soldevilla, tambien hermanos, naturales de Graus. Llamábanse Ignacio y Francisco. Este era, como dijimos, Rector de

iguales demostraciones de amor y afecto era buscado y acogido en Mantua, en Módena y en otras ciudades, en que vivían Padres antiguos.» Hasta aquí el H. Grassi.

Pondré fin á este capítulo con la relacion de la llegada del Siervo de Dios á Roma y de lo que en esta ciudad hizo. De ambas cosas da cuenta el P. Luengo, testigo de vista, con estas palabras<sup>1</sup>: «Hacia fuera se da por motivo de este viaje á Nápoles la enfermedad de una hermana suya, que vive en esta corte: y no hay duda en que tiene una hermana y en que esta está enferma. Con todo esto se cree, y con razon, que el principal motivo de este viaje sea el presente negocio del restablecimiento de la Compañía en Nápoles, del cual han tratado con él los reyes más de una vez, y querrán valerse de su consejo en la presente ocasion.»

«Llegó á esta ciudad [de Roma] el día primero de este mes de Mayo por la tarde, y se aposentó en un meson público de la plaza de España, dejando estos y los otros hospedajes, que pudiera haber tenido, por buenos respetos y para tener más libertad para sus cosas. Muchas veces ha estado en Roma, y siempre se le ha visto vestido de abate con bastante aseo; y ahora se ha presentado en todas partes de hábitos largos ó de ropa talar, y aun por el camino venía vestido del mismo modo, como yo mismo le vi, hallándome presente cuando desmontó en el dicho meson de la plaza de España. Esto ha dado mucho golpe á todos, extraños y domésticos, y todos suponen que es jesuíta ocultamente incorporado en la Compañía de Jesús, conservada en la Rusia.»

«En efecto es jesuíta agregado á los jesuitas rusos; y de algunos meses acá es Provincial de todos los asociados en Italia,

Zaragoza cuando fueron extrañados los Padres, y murió en Bolonia en 30 de Octubre de 1787. Su hermano Ignacio nació en 28 de Octubre de 1707, entró en la Compañía en 20 de Diciembre de 1724, y murió antes de la extincion en Ferrara el 28 de Noviembre de 1771.

<sup>1</sup> *Diario*, Tomo 38, pág. 125. Escribía el Padre esto en 8 de Mayo de 1804.

italianos y españoles, que son en gran número, especialmente de las Provincias de Aragon en Europa, y de Méjico y Paraguay en la América. De paso para esta ciudad se hospedó en el con- victorio, y casi podemos llamar nuevo colegio de la Compañía en Viterbo; y tres días después se pobló de todos los sujetos convenientes, habiendo ido últimamente allá el P. Pedro Goya para maestro de teología, P. Francisco Azpuru para maestro de matemáticas, P. Domingo Oyarzábal para operario, H. Martin Izco para ropero, y el H. Ignacio Dorronsoro para sacristan, y todos son de la Provincia de Castilla la Vieja, aunque no creo que todos estén incorporados con la Compañía de la Rusia; pues veo á los castellanos viejos poco aficionados á estas incorporaciones clandestinas. En ellas, en el provincialato de Piñatelli, y en otras necesarias resultas, disculpo la intencion de los incorpora- dos; pero no puedo menos de decir que en los españoles, siendo en tan gran número y no pudiéndose ocultar la cosa, es un paso imprudente y peligroso: que si hubiera en Roma un ministro español del temple de Moñino ó de Azara, hubiera representado á la corte este hecho como una insolente desobediencia á los Breves de los Papas y á los decretos del Rey, y necesariamente se nos hubiera quitado á todos la pension<sup>1</sup>.»

«En su detencion en Roma ha visitado Piñatelli dos ó tres veces á nuestro Ministro, que ha mostrado estimacion de su persona, aunque se supone que le tiene por un fanático en punto de jesuitismo; y lo mismo se debe suponer de varios cardenales y monseñores á quienes ha visitado, y muy en particular del auditor aragonés Bardaxí, sobrino del difunto Azara<sup>2</sup>; pues sin

<sup>1</sup> El temor de perder este único recurso humano para su subsistencia hizo que el P. Luengo en varias ocasiones juzgase de la conducta de los demás jesuitas con más acritud de lo que debía esperarse de su buen juicio y constante amor á la Compañía.

<sup>2</sup> Murió D. Nicolás en París, siendo embajador de España, á los 26 de Enero de este mismo año de 1804. Monsieur Bourgoín en la biografía que del recién difunto escribió, nos le pinta como hombre que «jamás faltó á la dignidad de su carácter público, ni á las leyes de la religion, en que fue educado, y en que murió.» Dice que «había ad-

verle vestido casi de jesuíta, ha hablado de él en estos términos.»

«De Su Santidad ha tenido varias audiencias; y en general ha dicho que Pío VII tiene estimacion de la Compañía y deseos de poder restablecerla en todas partes. En su trato con personas de distincion en esta ciudad lo más singular es lo que le ha sucedido con el P. Pío Gaddi, General de la Orden de Santo Domingo. Luégo que supo el P. Gaddi que estaba en Roma Piñatelli, fue volando al meson de su hospedaje, y oyendo que estaba en la casa del Jesús, fue allá con toda presteza; y habiéndole encontrado en compañía de varios jesuitas españoles, en presencia de todos le dio cien abrazos, y le llevó en su coche á su convento de la Minerva, y se empeñó en que se quedase á vivir en él. Pero, habiendo rehusado D. José otros hospedajes de personas distinguidas, no pudo condescender con el Rvmo. General.»

«Le dio, no obstante, gusto en ir una mañana á decir misa en su iglesia; y con esta ocasion le hicieron mil obsequios el General y otros Padres autorizados de la Orden. El P. Gaddi nombrado General en Florencia por Pío VI á la muerte del P. Quiñones el año de noventa y ocho, y trastornada la Toscana el año siguiente, se retiró al estado del Duque de Parma, que era en aquel tiempo el único rincón de toda la Italia, en que se podía vivir con hábito religioso y con alguna seguridad. Se refugió, pues, el P. Pío á Colorno, en donde vivía de asiento el difunto Duque D. Fernando, y allí mismo se fundó por el mismo tiempo

quirido bastante generalmente la reputacion de filósofo, que acaso,» añade, «no tenía otro origen, que su intervencion en los asuntos de los jesuitas.» Esta intervencion fue más eficaz en el ministerio de Grimaldi, sucesor de Moñino, en Roma, en donde «Grimaldi era el embajador nominal; pero el verdadero agente de su corte (esto es, de Moñino) era Azara,» con quien «la disimulada propension (de Pío VI) á los jesuitas le empeñó en frecuentes debates.» Escribe finalmente el cándido Monsieur Bourgoín, que en los últimos días de la vida de Azara «su más agradable ilusion era prolongar algunos años el encanto del sentimiento que le unía á la princesa de Santa Croce y á su familia; pero la suerte le negó realizar esta dulce ilusion.» En la mañana del día de su muerte «se llamó á un sacerdote, cuyas exhortaciones escuchó, y se le administraron los socorros espirituales.»

aquella casa de Noviciado de la Compañía, de que ha sido rector desde el primer día este P. Piñatelli. Concurrieron por tanto los dos en el dicho sitio de Colorno, y ambos en mucha estimacion del dicho Duque, que supo casi ser religioso dominico, sin dejar de estimar mucho á los jesuítas, aunque les veía despreciados de todo el mundo, y se hicieron muy amigos.....»

«Ayer siete continuó Piñatelli su viaje para Nápoles, y viajando con la diligencia de la posta, habrá llegado hoy á aquella corte. Ya se entiende, sin que yo lo diga, por una parte la familiaridad y cordialidad del P. Piñatelli con todos sus hermanos de todas las naciones en cuanto ha sido posible; y por otra, el gusto de todos en verle y en tratarle, especialmente en las presentes circunstancias, que se le mira como un hombre que no piensa en otra cosa que en hacer todo lo que pueda en el grande é importantísimo negocio del restablecimiento público, auténtico y solemne de la comun Madre de todos, la oprimida é infamada Compañía de Jesús en el reino de Nápoles, el que será si sucede, un gloriosísimo triunfo.»

«Igualmente se entiende, que en estos días de su detencion en esta corte no se ha hablado entre nosotros de otra cosa que del bueno ó mal éxito que se tendrá en esta empresa, esperando algunos mucho de su buen juicio, talento y mucha privanza con los reyes; y otros no esperando nada, por ser muy poderosos los contrarios en Nápoles, en Madrid y en Roma. Espero, y aun supongo, que esta variedad, y aun contrariedad, de opiniones no impedirá que todos encomienden al Señor este negocio en sus oraciones y sacrificios, para que esperemos presto á ver el gloriosísimo triunfo de la santa Compañía de Jesús, tiránicamente oprimida en todo el mundo.»

## ÍNDICE AL TOMO SEGUNDO

### PARTE SEGUNDA

#### EL V. P. PIGNATELLI Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS EXTINGUIDA

#### LIBRO TERCERO

|  | Pág. |
|--|------|
| Desde la extincion de la Compañía por Clemente XIV hasta la fundacion del noviciado en Parma con autorizacion de Pío VI.   | 7    |
| CAPÍTULO I. — Encíclica contra los jesuítas. — Sus causas y efectos. — Cambio en el vestir. — Proyecto frustrado de vuelta á España. — Solicitud del conde de Fuentes por sus hermanos José y Nicolás. — Intímase de nuevo la Pragmática Sancion. — El P. José transformado en clérigo secular. — Rumor esparcido contra los Pignatelli. — Se trasladan á Bolonia. — Defensa del P. José por D. Ramon, su hermano. — Plan de vida del P. José en Bolonia. — Pension eclesiástica concedida á los Pignatelli. — Medidas adoptadas para pervertir á los jesuítas. — Primer conato de restablecimiento. — El <i>statu quo</i> en Prusia y Rusia. — Enojo de los enemigos de la Compañía. — Desahogan su cólera vejando á los jesuítas en Italia. — Tristes rumores que esparcen de gravísimos males. — Prision de Bernardina Renzi. — Nuevas congojas y sobresaltos. — Muerte del Pontífice. — Restablécese la calma. — Vigilancia que se ejerce sobre los Pignatelli. — Muerte del comisario Coronel. — Estudios eclesiásticos del Padre José. — Descripcion de Bolonia. . . . . | 9    |
| CAPÍTULO II. — Eleccion de Pío VI. — El pliego misterioso. — Retractacion de Clemente XIV. — Reprime el P. José las demasías del comisario Forcada. — Medidas de Moñino contra los jesuítas españoles. — Confesion de Aranda. — El Iluminismo de Véishaupt. — Sale el P. Nicolás de la casa del comisario y de la compañía del P. José. — Sentimiento de este. — Una esperanza fallida. — Estudia el P. José las ciencias naturales. — Relaciónase con la alta sociedad y personas ilustra-  |      |